

Introducción

Los índices no solo interesan al campo de la memoria; también al de la «reminiscencia», conforme a la distinción que ha prevalecido entre estos conceptos a lo largo de todo el Medievo y la Edad Moderna. La memoria, como Paolo Rossi a menudo ha invitado a considerar, es «ese fenómeno por el que nos vienen a la mente cosas del pasado»; mientras que la reminiscencia «es cuando intentamos recuperar en el pasado una parte perdida».¹ Los índices, fruto de una elaboración —a veces reelaboración— consciente y documentada, son caminos para la recuperación de lugares del saber, «fragmentos» que pueden desaparecer si no se ofrece la posibilidad de recuperarlos. Tal conocimiento parece ser vital también en el presente, en formas y de modos cada vez más elaborados, y es objeto de continuas y especializadas revisiones.

Aquellos que hoy se disponen a indexar textos, incluso de no fácil lectura, no solo atienden para realizar su trabajo a la utilidad derivada de la correcta preparación de los índices. Debemos a Thomas Fuller, autor del índice de un volumen de Ernst Robert Curtius, la sugestiva metáfora que asocia los índices a las «salmerie di un esercito [vitualas de un ejército]»,² es decir, al equipo imprescindible, incluso situado a retaguardia, para sostener la batalla emprendida por cada libro el día después de su publicación.

Empleando métodos que se acercan al potencial tecnológico sobre el que se apoya la más actual indexación, Georges Sarton, el gran sociólogo belga «padre» de la historia de la ciencia, manifestó su vigoroso empeño en examinar las normas —a nuestro parecer, no solo prácticas— necesarias para la confección de un índice. Para Sarton,

¹ Paolo Rossi: «Memoria e reminiscenza», en *Rai Cultura. Filosofia*, en línea en <<http://www.filosofia.rai.it/articoli/paolo-rossi-memoria-e-reminiscenza/13878/default.aspx>>. [Última consulta: 09/08/2018.]

² Ernst Robert Curtius: *Literatura europea y Edad Media latina*, trad. Margit Frenk y Antonio Alatorre, Madrid/México: Fondo de Cultura Económica, 1955 (1.ª ed.: *Europäische Literatur und Lateinisches Mittelalter*, Berna: A. Francke A. G. Verlag, 1948).

dotar de índices a los ensayos era un «deber sacro».³ Muchos autores, de hecho, fueron considerados «negligentes» por el distinguido sociólogo debido a la carencia en sus propios libros de un índice, lo cual obligaba a Sarton a desacreditar esas obras porque las consideraba «inútiles» a los fines de la lectura. Para él un índice, en definitiva, constituía algo más que el instrumento que comunica una norma técnica; lo concebía como el símbolo que, a su vez, expresa una norma moral, apta para sostener aquella otra de carácter técnico.

Son estos algunos de los motivos que me han conducido a intentar profundizar en el tema del presente libro, junto a la mirada vuelta hacia la superficialidad de la moderna edición, que cada vez se preocupa menos por perfeccionar los instrumentos y las técnicas destinadas a agilizar la consulta de un volumen.

Si se detiene la mirada en el presente es fácil advertir que, en efecto, en Europa y especialmente en Italia, muchos de los libros integrados en amplias colecciones vienen desprovistos de un índice analítico, e incluso prescinden de las listas sencillas y más recurrentes, como es el caso de los índices onomásticos. Así se percibe en la revisión de las ediciones de clásicos científicos e incluso también en una notable parte de las publicaciones de las ciencias humanas. Hasta algunas ediciones nacionales publican sus volúmenes individuales, que son la unidad más concluyente para el manejo de un texto, sin ningún aparato de indexación. Ocurre lo propio con la edición nacional de Galileo Galilei, proyectada por Antonio Favaro y cuyo primer volumen se publicó en el remoto 1890, obra que solo al final, en el 1909, contó con la adición de un tomo de índices, el número xx. Pero si el *iter* de las ediciones nacionales italianas de Galilei se explica en el marco de un proyecto que ahonda sus raíces en un tiempo ya lejano, en la reciente edición de Goldoni (iniciada en 1993), a cuyo formato debe reconocerse el mérito de moderar el precio, la ausencia de índices parece casi una provocación: el lector no puede, de hecho, singularizar mediante el nombre a un personaje ni la frecuencia con la que este es citado, así como tampoco tiene la posibilidad de localizar en el texto lugares ni pasajes de su interés. Si bien en el último y bello volumen, a cargo de Roberta Turchi,⁴ aparece un índice de los «Nombres presentes en los textos», no hay rastro en esta edición nacional ni del recurso a índices onomásticos completos ni menos aún del recurso a índices por categorías, omitidos casi siempre. No parece que en el plan editorial de la obra de Goldoni, en ninguna de las ediciones nacionales, esté prevista —tal como Mario Scotti y Flavia Cristiano han desvelado con rigor— una guía de índices que induzca a pensar en una suerte de tendencia inversa; ni siquiera para el lejano final en que se complete el proyecto. Scotti y Cristiano denuncian la falta

³ Sobre los índices, v., en particular, Robert K. Merton: «Georges Sarton. Episodic recollections by an unruly apprentice», *Isis*, núm. 76 (1985), pp. 470-486, en concreto pp. 481-482.

⁴ Carlo Goldoni: *Memorie italiane: prefazioni e polemiche*, ed. Roberta Turchi, Venecia: Marsilio, 2008, p. III.

de homogeneidad entre las múltiples ediciones vinculadas a cada uno de los comités científicos con estas palabras: «Cuando comenzaban a instituirse las Ediciones Nacionales, la cultura italiana estaba dominada por el positivismo, del cual era expresión la escuela historicista en el ámbito literario, que pretendía dar bases científicas a los estudios literarios».⁵ De aquí deriva que las ediciones nacionales se realicen, en buena parte, con gran cuidado; que la filología italiana haya tenido una notable inclinación hacia la ecdótica; que las ediciones sean puertos de llegada y no instrumentos y, por tanto, que ofrezcan a menudo textos impresos con la máxima seriedad, pero no índices particularmente organizados y guías de aparatos críticos asimismo congruentes. Los índices onomásticos se hallan presentes en diversas ediciones nacionales; sin embargo, en muchos casos están confeccionados con métodos distintos o, incluso, sin la uniformidad prevista en el proyecto inicial.

No es diferente el sector de los estudios jurídicos. En lo concerniente a estas materias, se puede afirmar que en las monografías de las disciplinas meramente técnicas —derecho civil, penal, constitucional, comercial, etc.— prevalecen índices analíticos de carácter temático, con base en el modelo de las obras anglosajonas que presentan índices de este tipo muy particularizados. No obstante, si numerosas son las bibliografías de referencia, sin embargo, son rarísimos los índices onomásticos. El panorama es semejante en las publicaciones extranjeras: entre las más recientes, tómese el nuevo *Lewin on trusts*, de John Mowbray,⁶ que contiene un *index* temático de más de sesenta páginas, como naturalmente requiere un tratado técnico-profesional, pero que no prevé ningún instrumento para orientarse en el mar bibliográfico presente a pie de página en este grueso volumen; en cambio, los dos tomos italianos del *Trust*, a cargo de Mariagrazia Monegat, Giuseppe Lepore e Igor Valas (Turín: Giappichelli, 2008), cuentan con una bibliografía final en cada tomo y un índice analítico de solo seis páginas al final del segundo. Ahora bien, no se trata de elecciones editoriales aisladas, sino de una práctica extendida al menos entre las más importantes editoriales jurídicas italianas: los volúmenes de la Giuffrè, por ejemplo, como los de Giappichelli, Ipsa y Cedam, no se detienen en índices nominales, sino que presentan ágiles índices temáticos, verbigracia Augusto Cerri: *Corso di giustizia costituzionale* (quinta edición), y Oronzo Mazzotta: *Diritto del lavoro* (tercera edición), ambas en Milán: Giuffrè, 2008.

Por el contrario, en las disciplinas más afines al ámbito humanístico, como la historia del derecho, el derecho romano y el derecho medieval, se advierte un sistema más tradicional, y razonable, de instrumentos de aproximación al texto. Desde el clásico *Studi sulle fonti giuridiche medievali* de Federico Patetta (1967) a los dos

⁵ Mario Scotti y Flavia Cristiano: *Storia e bibliografia delle Edizioni Nazionali*, Milán: Bonnard, 2002, pp. 260-263.

⁶ John Mowbray: *Lewin on trusts*, 18.^a ed., Londres: Sweet & Maxwell, 2008.

tomos de *Scritti* de Ennio Cortese (1999) o al *Altiero Spinelli* de Piero S. Graglia (2008),⁷ se ha prestado gran atención a los índices onomásticos, en los que las formas de envío y de remisión permiten desenvolverse en casos incluso de cita de autores latinos y griegos. Se trata de volúmenes integrados en colecciones de alto valor cultural en catálogos cuyos editores reparan en las implicaciones de uso derivadas de una correcta indexación.

Desierto de índices se halla gran parte del sector de las revistas. Entre las pocas que los ofrecen, cabe señalar las de filología clásica. No es inusual, de hecho, que los clasicistas que emplean de manera pertinente los términos *sumario* e *índice* —distinción desvelada más adelante en esta investigación— acompañen también sus revistas de índices especializados. Destaca, por ejemplo, la revista *Anabases*, que en nota —siguiendo la típica metodología filológica— ofrece nada menos que tres índices: el *index des sources anciennnes*; el *index des auteurs modernes*, que a los lemas más comunes añade topónimos y nombres citados —incluso los de la Edad Clásica, hasta llegar a la Edad Moderna—; y, finalmente, el *index thématique*, que, no obstante, excluye los autores citados en nota. *Anabases* no es la única en su género. La publicación periódica *Hagiographica* proporciona tres índices: el primero, de los nombres de persona y de las obras anónimas, subdividido en cuatro partes: la primera para los nombres de los santos; la segunda para los de persona; la tercera para los autores antiguos, medievales y modernos; y la última para los nombres de los estudiosos. A este le siguen los índices de los nombres de lugar y el índice de los manuscritos. En el campo de la italianística, además de la *Albertiana* y *Studi Secenteschi*, editadas por Olschki, y *Seicento & Settecento*, editada por Fabrizio Serra, sobresale la reciente *Humanistica*, dotada de un preciso *Index nominum* cuyas preciosas remisiones —con variantes formales de los nombres propios— facilitan la recuperación, sobre todo, de datos inherentes a los autores clásicos.

Al margen de ciertas excepciones, el panorama de las revistas solo se enriquece a largo plazo, cuando se elaboran herramientas que permiten miradas de amplio recorrido, considerando los años de publicaciones y los sucesivos fascículos a lo largo de ese tiempo. De inestimable precisión son los índices del *Giornale Storico della Letteratura Italiana*, debidos a la pericia y meticulosidad de Carlo Dionisotti, que revisó los primeros cien volúmenes, incluidos los suplementos (1883-1932), de la más acreditada revista de italianística.⁸ Entre los ejemplos relevantes de índices acumulativos realizados recientemente, destaca el quinto de la revista *La Bibliofilia*, desde el año 1979

⁷ Federico Patetta: *Studi sulle fonti giuridiche medievali*, Turín: Bottega d'Erasmus, 1967; Ennio Cortese: *Scritti*, Espoleto: Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo, 1999; y Piero S. Graglia: *Altiero Spinelli*, Bologna: Il Mulino, 2008.

⁸ Carlo Dionisotti (ed.): *Giornale Storico della Letteratura Italiana: indici. Volumi 1-100 e supplementi (1883-1932)*, Turín: A. Chiantore, 1948.

al 2000, llevado a cabo por Antonella Orlandi, tras la feliz experiencia de los *Annali y Nuovi annali della scuola speciale per archivisti e bibliotecari*.⁹

A excepción de algunos casos entre una pequeña parte de las publicaciones culturales, si se amplía el campo de análisis se observa que la abrumadora mayoría de las tesis doctorales, gran parte de las revistas de ciencias humanas, textos literarios, numerosos libros y casi todos los catálogos de arte, las actas de congresos y el ensayo, carecen de medios —aparte del índice general— capaces de aislar porciones de texto. La larga tradición anglosajona, que todavía ambiciona y persigue la correcta diferencia entre «index» y «summary», justifica que a menudo sus publicaciones de ensayos estén provistas de índices. Así sucede también en los países germanófonos, preferentemente en Alemania, con algunas excepciones entre las que conviene citar las de la colección editada por la Herzog August Bibliothek de Wolfenbüttel,¹⁰ y el fundamental instrumento de consulta *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, que, iniciado en el lejano 1971, vio publicado el colosal volumen del *Register* solo en el 2007, al final de la obra.

Pero Italia no resulta un caso aislado, como se ha señalado, pues en otros países se observa la misma desatención a los índices por parte de muchas editoriales. En Francia, por ejemplo, colecciones de ensayo de importante valor cultural presentan, dentro de la misma serie y sin motivo aparente, tomos con índices y otros sin índices. Esto ocurre con editoriales de la categoría de Seuil, Fayard, Albin Michel o Gallimard, que intermitentemente ofrecen —tal vez por la mera voluntad y el esfuerzo de los autores—, en algún caso, índices de calidad. Lo mismo puede declararse sobre España, donde no siempre los textos culturales significativos se hacen acompañar de un aparato indexal consecuente.

En los Estados Unidos, donde todas las publicaciones universitarias están por lo general equipadas con índices onomásticos y, en algunos casos, de topónimos, la sensibilidad para facilitar a todos los usuarios la consulta nace desde las bases, incluso en el propio intercambio entre los poderes del Congreso y las necesidades democráticas que proceden directamente de una parte de la población. Estrechamente vinculado a un momento de alto grado de *pathos* en la reciente historia de los EE. UU. es el caso de los índices de los materiales producidos por la primera President's Commission on the Assassination of President Kennedy, más conocida como Comisión Warren. Esta Comisión, cuyas conclusiones fueron objeto de infinitas polémicas y contrainvestigaciones, publica en 1966 una relación final de más de ochocientas páginas a más de veintiséis volúmenes de documentos y variados materiales, casi privados de índices y,

⁹ Antonella Orlandi (ed.): *La Bibliofilia: indici 1979-2000*, Florencia: Olschki, 2004.

¹⁰ Herzog August Bibliothek de Wolfenbüttel: *Wolfenbütteler Schriften zur Geschichte des Buchwesens*, Wiesbaden: O. Harrassowitz, 1977.

por tanto, difícilmente utilizables. Fue una investigadora de la OMS, Sylvia Meagher, la encargada de publicar, como ciudadana particular (al servicio de las Naciones Unidas, no del Gobierno estadounidense, y siendo su campo de estudio la investigación médica), el primer *subject index* de los trabajos de la Comisión, que abarcó unas 150 páginas.¹¹ Un segundo índice, mucho más amplio y complejo, que integra entre sus materiales los producidos por las varias comisiones de investigación sobre el asesinato de Kennedy, salió a la luz en 1980, siempre gracias a Meagher, si bien con la colaboración de Gary Owens.¹²

Entre las publicaciones desprovistas de índice encontramos, además, muchas misceláneas —ya sea extranjeras, ya sea italianas—, cuya comprensión resulta más inteligible si se ponen en relación, porque a menudo tienen un carácter multidisciplinar: en ellas no solo falta la conexión entre los ensayos que contienen, los cuales se presentan en ocasiones acompañados de títulos ambivalentes, cada vez más abstractos e incluso engañosos, sino que también sus índices generales resultan áridos y muy poco expresivos, privados con frecuencia de articulaciones en su interior. Esta problemática se observa asimismo en el sector científico, en el que, sin embargo, los investigadores se mueven en un contexto diferente y más amable. Ciertamente hoy todas las revistas científicas están provistas de resúmenes, pero no ha ocurrido siempre así: en un muestreo de casi cuarenta títulos, entre los más consagrados, se aprecia el gran cambio metodológico que experimentaron. De 1901 a 1925 el porcentaje de artículos con resumen era del 14 %; ascendió al 22 % en el período 1926-1950 y despuntó hasta el 81 % entre 1951 y 1975, alcanzando en estos últimos años el 100 %.¹³ Los mismos autores de las tablas citadas indican cómo se han conseguido estos positivos resultados: han sido los mismos protocolos estandarizados de las editoriales los que, a partir de comienzos del siglo XX, permitieron que se afirmase progresivamente en todas las disciplinas científicas una estructura del artículo que incluye resumen, introducción, resultados, discusión y conclusiones. Se trata de secciones siempre divididas —a menudo— en párrafos con sus respectivos títulos, y se difunde paralelamente también el uso, cada vez más habitual, de ecuaciones numeradas y tablas y figuras acompañadas de leyendas. Esta estructura del artículo, que se desarrolla durante la primera mitad del siglo y que experimenta luego pocas variaciones, permite recuperar con más facilidad y rapidez información específica relativa al método, la teoría, los resultados o las conclusiones,

¹¹ Sylvia Meagher: *Subject index to the Warren Report and hearings & exhibits*, Nueva York: Scarecrow Press, 1966. Hoy los documentos de la Comisión están disponibles en línea en <<http://www.archives.gov/research/jfk/warren-commission-report/intro.html>>. [Última consulta: agosto del 2018.]

¹² Sylvia Meagher y Gary Owens: *Master index to the J. F. K. assassination investigations, the reports and supporting volumes of the House Select Committee on Assassinations and the Warren Commission*, Metuchen, N. J.: Scarecrow Press, 1980. El registro de la Library of Congress precisa: «Includes indexes».

¹³ Alan G. Gross, Joseph E. Harmon y Michael S. Reidy: *Communicating science: the scientific article from the 17th century to the present*, Oxford: Oxford University Press, 2002, tabla p. 173.

evitando una lectura integral del texto. La evolución culmina, en los últimos años, con la elaboración de las plantillas electrónicas obligatorias, accesibles en red, provistas de detalladas instrucciones para su redacción y a las que el autor debe ajustarse. De esta forma, el artículo puede incorporarse directamente a la web, por lo general con escasas modificaciones.¹⁴

En estos casos, tanto al resumen como a los artículos se llega de modo eficiente a través de palabras claves. En el momento de la *submission* del trabajo para la revisión, el autor selecciona libremente un número de palabras clave, entre 5 y 6, que no deberían estar incluidas en el título del artículo. Este conjunto de palabras clave es integrado después por el editor para crear una tabla, de acuerdo con los propios protocolos y mediante *software* específico que permite localizar en línea las partes del texto que serán utilizadas. Los investigadores que se sirven prevalentemente de bases de datos pueden emplear, por consiguiente, aproximaciones que consideran la propia autonomía, también cuando la *titulografía* adopta formas extrañas. Creo que puede afirmarse que en el ámbito científico —bien sea en la investigación experimental, bien sea en la teórica— las revistas de difusión universitaria en línea constituyen las fuentes primarias de información. Los instrumentos tecnológicos para la literatura científica son, de hecho, aquellos que dan el mayor «sentido de omnipotencia informativa», en cuanto que la producción en red es infinita y no siempre se somete a un filtro ni al examen de una validación fiable, como se ha puesto de manifiesto.¹⁵ Las monografías de autores individuales y las colecciones de aportaciones sobre temas concretos de varios autores desempeñan un papel bastante secundario, a excepción quizá de las actas de congresos internacionales. Esto se prueba, por ejemplo, con el hecho de que el presupuesto empleado por las bibliotecas de los departamentos científicos en monografías es aproximadamente el 10 % del total, dedicándose el resto a revistas, realidad muy diferente a la del ámbito humanístico. En este sentido, es evidente que en el campo científico resulta siempre fundamental estar al tanto de todo cuanto se publica. La rapidez (medida en meses o incluso en semanas) a la hora de controlar la información publicada (o en curso de publicación) es a menudo importante, debido a la carrera acelerada del sector. No sorprende, en consecuencia, que las revistas científicas más relevantes pongan a disposición del público la mayor parte de los trabajos en red apenas estos son aceptados por los evaluadores, meses antes de su efectiva publicación en la revista. A petición del investigador, que selecciona las publicaciones de su interés, las principales editoriales le envían en tiempo real los sumarios o índices generales de las revistas en vía de publicación, así como el permiso de acceso

¹⁴ Ib., p. 186.

¹⁵ Giovanni Solimine: *La biblioteca: scenari, culture, pratiche di servizio*, Roma/Bari: Laterza, 2004, pp. 27-29.

a los resúmenes. Por tanto, los índices constituyen una ayuda para el investigador, que normalmente recibe cada semana una quincena de estos pertenecientes a muy diversas revistas; es decir, centenares de trabajos, entre los cuales, sobre la base de los títulos (y de los resúmenes), el investigador escoge leer por lo general no más de dos o tres estudios. La cantidad de información resulta tan abrumadora que distinguir entre lo que puede ser relevante y lo que no lo es se ha convertido en un problema todavía más grave que el que afecta a los humanistas. Con todo, estos últimos se enfrentan a la selección en un panorama editorial no solo cada vez más fragmentado, sino que proporciona excesivos recursos informativos —no siempre de buena calidad— y las más de las veces estrechamente vinculados al acceso universitario.

Sin duda, el trabajo propio de las ciencias diverge notablemente del desarrollado por los investigadores de las humanidades y, por consiguiente, los resultados alcanzados por los humanistas, hasta los más incomprensibles y vagos, causan muchos menos daños que si se produjeran en el caso contrario. Los humanistas, que ahora se sirven de los recursos en red mediante una multitud creciente de bases de datos —algunas de las cuales ofrecen, en línea, textos completos, artículos y ensayos aparecidos en revistas de diversos países—, disponen de más facilidades para sus investigaciones. Pero conviene reparar en un dato: el humanista todavía realiza la gran tarea de recolección de datos en los archivos, aunque también en las monografías y en las misceláneas, que, cuando carecen de índices, exigen una lectura íntegra de los textos, debida a menudo a la urgencia de hallar la noticia sobre un pasaje o un autor buscado más de una vez entre la multitud de páginas, lo que acaba por desviar la investigación de sus propósitos iniciales. Si esto responde a la justificada pretensión de los autores y editores, que insisten en la lectura total y unitaria de los volúmenes, no es menos cierto que estamos ante un método que obstaculiza con frecuencia los estudios interesados en la contextualización de datos y aspectos particulares fruto de un recorrido particular. Proyectos compartidos entre bibliotecas universitarias, encaminados a suplir en parte las deficiencias de las editoriales, proporcionan ayudas de indexación dirigidas a agilizar el estudio. Los ejemplos todavía son escasos y limitados. Con el fin de superar la laguna que a menudo dificulta la construcción de bibliografías exhaustivas sobre temas concretos de estudio, el reciente «Indici e sommari» del Ateneo boloñés es un proyecto de escrutinio y de indexación analítica que pretende ampliar y potenciar el acceso al contenido de las colecciones en papel disponibles en las bibliotecas de la Universidad, posibilitando a través del OPAC local del Servicio Bibliotecario Nacional la consulta de los índices y los sumarios de los documentos catalogados, en particular de las actas de congresos y de otras misceláneas.

Además, existe otra cuestión de no menor importancia: la referida a los índices de muy deficiente elaboración. Dado que no solo es importante dotar a un volumen de índices, su adecuada construcción debería constituir uno de los objetivos de la edición de materiales culturales, para evitar de este modo caer en homonimias no

reconocidas y en otras distorsiones que generan a veces desconcierto y que hacen que se pierda de vista el tema o el individuo objeto de estudio. No es casualidad que incluso un no especialista como Sandro Gerbi, en el suplemento dominical de *Il Sole 24 Ore* del 29 de marzo del año 2009, haya puesto el dedo sobre la llaga al mostrar el «virus» de los malos índices que sobrevuela a muchos textos ensayísticos, hasta a las «buenas» publicaciones; virus que el autor achaca al hábito erróneo de poner al final del volumen el aparato de notas.

La urgencia, o el solicitar a otros la preparación de los índices, provoca en el usuario un profundo desconcierto. Tómese como ejemplo el índice incluido al final de la meritoria obra italiana *Lettere dal Regno ad Antonio Magliabechi*.¹⁶ Las llamativas homonimias y los errores de atribución debidos a la impericia de los redactores de los índices de este libro no han pasado inadvertidos; antes bien, se han convertido en objeto de una sustanciosa recensión crítica.¹⁷ Una perla: Scooter Francesco en vez de Van Schooten Franz; Monaco por Le Moyne; Guillaume Lamy, en referencia al médico de tal nombre, por el erudito Giovanni Lami e incluso el benedictino francés François Lamy, aparte del empleo de otras formas del nombre absolutamente inadecuadas.

Prestigiosos editores, como Olschki, procuran no publicar textos desprovistos de índices, si bien la antigua editorial florentina hace tiempo que ha confiado las monografías al total cuidado de los autores, de manera que, al dejar la responsabilidad a los redactores del texto, se halla incapacitada para verificar la congruencia de los aparatos paratextuales. Constituye un ejemplo representativo el caso de la edición nacional del epistolario de Ludovico Antonio Muratori, pese a que hayan tenido lugar hasta dos congresos acerca de sus materiales paratextuales, como ha manifestado su propio editor.¹⁸ Algunos de los volúmenes presentan formatos de índices marcadamente impropios y fruto de vistosas tergiversaciones. En el tomo de Argelati (vol. 3), el célebre jurista y político francés Henri François d'Aguesseau es indexado como D'Ognissan, por ejemplo. También aparece el error en la carta transcrita; en la página 551 (carta 625) se lee: «[...] o monsieur d'Ognessan cancelliere di Francia glene avrà parlato [...]»; en el índice, en consecuencia, en la página 650, se remite a Ognessan. La carencia de anotaciones en la edición ha llevado al responsable de la elaboración de los índices a no reconocer la forma correcta.¹⁹ Por tanto, cabe preguntarse: ¿Qué lector buscará alguna vez al canciller d'Aguesseau por Ognissan?

¹⁶ Amedeo Quondam y Michele Rak (eds.): *Lettere dal Regno ad Antonio Magliabechi*, Nápoles: Guida, 1978.

¹⁷ Françoise Waquet: «Antonio Magliabechi: nouvelle interprétations, nouveaux problèmes», *Nouvelles de la République des Lettres*, 1982, I, pp. 173-188, cf. n. 9.

¹⁸ V. más arriba nota 6. Cf. la postura de A. Olschki.

¹⁹ Cristiana Vianello (ed.): [*Lodovico Antonio Muratori*] *Carteggio con Filippo Argelati*, Florencia: Olschki, 1976, III. Forma parte de la *Edizione Nazionale del Carteggio Muratoriano*, a cargo del Centro di Studi Muratoriani de Módena.

Otra práctica lamentablemente en uso es la de construir el índice con los nombres propios en iniciales sin resolver sus abreviaturas, es decir, no expresados por extenso; o indexar los nombres sin las oportunas verificaciones. Se trata de un recurso que parte de las anotaciones y que provoca graves errores en la remisión a los textos, donde se descubren homonimias incluso desde la primera letra del nombre de diferentes personas, a menudo de épocas distintas. Tras una minuciosa revisión, en el volumen de Marc Fumaroli, *L'âge de l'éloquence: rhétorique et «res literaria» de la Renaissance au seuil de l'époque classique*, bien sea en su versión original (1980), bien sea en la traducción italiana del 2002, *L'età dell'eloquenza*,²⁰ se observa cómo se confunde Peregrini Mario con Peregrini Matteo. En el último volumen de Marina Roggero, mi nombre [Maria Gioia Tavoni], como asimismo en otros lugares, es indexado como Maria Grazia, evidente falta de conocimiento por parte del autor, que, aun sin saberlo, atribuye a mi hermana —que así se llama— mis trabajos.

Pero, quedándonos en mi ámbito, el de la historia del libro —que ahora también en Italia se considera muy diversificado y especializado, y que ha visto cómo atrevidos editores se enrolan en publicaciones desde siempre consideradas selectas—, destacan muy poco los índices onomásticos y, sobre todo, los analíticos o categoriales. A propósito de esto, es necesario mirar años atrás, pues un caso paradigmático lo representa el índice de Marino Berengo en *Intellettuali e librai nella Milano della Restaurazione*,²¹ que desde un principio se publicó en una edición económica, premio al esfuerzo del historiador moderno por haber extendido su investigación incluso a las áreas de la historia del libro y de los principales trabajos modernos conectados con ella. Ha seguido sus pasos Mario Infelice, que en su índice analítico, a partir de los nombres y topónimos, remite a las instituciones y a las características propias de la actividad tipográfico-editorial de cada una y a sus mismos trabajadores.²²

Por otra parte, no se encuentra casi ningún aparato indexal en los manuales de bibliografía y biblioteconomía, esto es, en especial allí donde los temas tratados se presentan con una difícil interconexión. El destinatario de una obra, pues, parece desaparecer, y al hilo de esto surge una última reflexión: aunque en la actualidad se retiene al lector mediante dispositivos sofisticados del moderno *marketing*, nos parece que existen unas franjas de público con más necesidades que otras de ser guiadas en el laberinto de los textos, a veces solamente yuxtapuestos entre ellos. Si esta premisa resulta completamente válida, en particular para los jóvenes, aún lo es más cuando se considera la existencia de un sector editorial dirigido también a las aulas universi-

²⁰ Marc Fumaroli: *L'âge de l'éloquence: rhétorique et «res literaria» de la Renaissance au seuil de l'époque classique*, Ginebra: Droz, 1980. Al margen de la edición original, la versión italiana es Marc Fumaroli: *L'età dell'eloquenza*, Milán: Adelphi, 2002.

²¹ Marino Berengo: *Intellettuali e librai nella Milano della Restaurazione*, Turín: Einaudi, 1980.

²² Mario Infelice: *L'editoria veneziana nel 700*, 2.^a ed., Milán: Angeli, 1999 (ed. original de 1991).

tarias. Muy esporádicamente, y cada vez menos, las editoriales especializadas en los textos que figuran en los programas para los exámenes, e incluso en los destinados a la preparación de las oposiciones a bibliotecas, se encargan de crear vínculos que faciliten el manejo de los contenidos a los lectores más necesitados, menos eruditos que los docentes, y también a los estudiantes, que deberían ser considerados los referentes primordiales.

El mismo autor, con frecuencia responsable y editor de sus textos, en virtud de una política editorial que progresivamente delega en él muchas de las tareas antes desarrolladas por la editorial, no es inmune a haber descartado la hipótesis de cotejar gran parte de las pruebas redactadas por él mismo poniéndose en el lugar de aquellos que se disponen a su lectura o incluso a la mera consulta de una obra suya. Tómese, a modo de ejemplo ilustrativo, un autor conocido y traducido en numerosas lenguas como Piero Camporesi: sus textos, que acogen un gran elenco de personajes, todos de la vanguardia de la llamada alta cultura, han sido creados teniendo cerca ediciones y obras que ni la *Biblioteca volante* de Cinelli Calvoli asumió la empresa de registrar. El estudioso nacido en la Romaña, conocido en todo el mundo y en particular entre los historiadores e italianistas, nunca se aventuró a dotar a sus obras de índices, ni siquiera a las traducidas a varias lenguas. No es extraño que, por tanto, en el primer balance historiográfico de la producción camporesiana, un historiador de la cultura clásica como Renato Badali haya puesto el acento en esta laguna:

Sería conveniente —informa que hubo de moverse a ciegas para intentar rastrear los motivos de la cultura clásica en el célebre autor— que la obra de Piero Camporesi fuese publicada de nuevo en su totalidad (con las necesarias correcciones de errores materiales y con la oportuna actualización bibliográfica) y provista de índices rigurosos y muy detallados, que ya por sí mismos constituirían un marco imprescindible para encuadrar y dotar de localización histórica al vasto campo de investigación al que se dedicó.²³

Estas instantáneas sobre lo contemporáneo ayudan a orientarse en los recorridos, o más bien en los meandros, de una historia aún muy críptica en lo concerniente a la solidez propia de las formas y de los modos con que los índices se han construido a lo largo de los siglos. Sin embargo, constituyen más que un esbozo para sumergirse con mayores conocimientos en un pasado que solo a primera vista parece remoto. Aspectos evidentes que tener en cuenta para examinar la realidad actual ya eran considerados por quien en la Edad Moderna se preparaba para elaborar o hacer elaborar índices como estrategia para circunnavegar mejor un determinado texto. Lo que siempre ha predominado es el dato del cual se parte, precisamente, para este trabajo; o sea, la

²³ Renato Badali: «Piero Camporesi e la cultura classica», en Elide Casali (ed.): *Accademico di nulla academia: saggi su Piero Camporesi*, introd. Gian Mario Anselmi, Bologna: BUP, 2006, pp. 23-44, esp. p. 39.

incuestionable utilidad de los índices, reivindicativa de la *utilitas* que ya los primeros teóricos y tratadistas destacaban y que entendían como una prioridad.

Desde el surgimiento de la imprenta y durante toda la Edad Moderna, sin caer no obstante en rígidas periodizaciones que no sean las indicadas por Roger Chartier para el tiempo del libro producido con tipos móviles, que da lugar a su particular fenomenología, el problema de los índices ha sido mucho más atendido que hoy y se trata de un dato que, a la luz de mis investigaciones, resulta indiscutible. Es en el *ancien régime typographique*, o más bien en el largo período que va desde la *apparition du livre* —para emplear el título de un maestro nunca olvidado— hasta la introducción y la difusión a gran escala de las prensas mecánicas, cuando los hombres, en primera instancia encargados de la solución de problemas técnicos y que luego acaban buscando simplemente modelos para campos de aplicación dispares, inventan y se detienen en experimentar nuevos y sofisticados dispositivos que permitan al lector satisfacer sus necesidades cognitivas entre las páginas de un libro. Cuanto más se debilitó la capacidad mnemotécnica de volver también visualmente sobre un pasaje o sobre un nombre, más se necesitaba hallar soluciones para contribuir a la mejora de ciertos procesos que la imprenta, aunque no anulaba, sí reducía en los lectores.²⁴ Pero hay más. Los índices se revelan como detonadores importantes con relación al género científico o literario a causa del que son estudiados y aplicados: en otras palabras, son las obras las que decretan qué índices pueden ser empleados en ellas dependiendo también de quienes los utilizaban, o de quiénes escogían parámetros y procedimientos para su preparación.

Diversos eran los índices para los textos de derecho de aquellos que se ocupaban de prescribir a las damas las reglas del buen vivir. Lo mismo puede decirse de los que ayudan a orientarse en los volúmenes de viaje y de los viajeros, que en la Edad Moderna aportan siempre novedades y notables descubrimientos, los cuales exigen saber navegar en su propio interior. Durante toda la Edad Moderna, en efecto, se permanece bien lejos de toda sugestión que invite a homologar estructuras indexales que, en cambio, solo acaban similarmente construidas, con numerosas y específicas variantes, dentro de algún género de libro para cuyos aparatos paratextuales a veces se trabaja directamente en la imprenta. También en los siglos pasados los errores estaban al orden del día y a menudo fueron denunciados por múltiples bibliógrafos y atentos lectores.

Los índices parecen ser, a primera vista, neutros, inspirados únicamente por lógicas constructivas. Sin embargo, no siempre lo son y no siempre han sido considerados así. Ha habido en este largo abanico temporal un período en el que también los índices,

²⁴ V., en particular, Pietro Rossi (ed.): *La memoria del sapere: forme di conservazione e strutture organizzative dall'antichità a oggi*, Roma/Bari: Laterza, 1988.

al igual que la mayor parte de los textos a los que ellos se refieren, han sido considerados muy perniciosos, hasta el punto de ser prohibidos, ligados a o exentos de los textos a los que se referían y a los que se hallaban estrechamente vinculados. Pero no fueron prohibidos solo los índices de las Biblias más alejadas del dictado de la Iglesia de Roma, sino que estos fueron quizá un puente para la interdicción también de las Biblias en italiano vulgar que, desde el primer Índice de libros prohibidos (1558), sufrieron la misma suerte: se pusieron al margen de las lecturas permitidas y, tras el *Índice Clementino* (1596), se mandaron directamente a la hoguera. Si Gigliola Fragnito, en sus densas y estimulantes monografías, ha recogido el largo padecimiento de las Biblias en vulgar y la persecución de la Iglesia a los libros considerados heréticos,²⁵ poco se ha dicho, sin embargo, sobre sus elementos paratextuales.

En las redes de la censura de los índices nacionales llegó a introducirse también un autor laico: el historiador y erudito Carlo Sigonio. El porqué de la interdicción de su índice se ha intentado comprobar poniendo en evidencia cómo los censores, siempre tan prácticos en la elaboración de los índices de los libros prohibidos, supieron apreciar en ellos el poder subversivo de un aparato ordenado conforme a las radiografías de la historia. Sigonio permitió, pues, que se pusiese el acento sobre aquellos que realizaban los índices como un trabajo fuera de las prensas o en los talleres de imprenta, y sobre los autores que los propios libros reafirmaban mediante la divulgación de índices particulares que eran árbitros —al menos así lo creían— del pensamiento contenido en esas obras y, por tanto, capaces de sugerir pistas de lectura. Algunos índices, como los de Sannazaro y Leopardi para el *Zibaldone*, no son solo un modelo que reclama métodos antiguos con respecto a su preparación, sino que son a la vez la prueba tangible de cómo sirvieron en primer lugar al autor para preparar su obra, ya en curso, gracias al rescate de pensamientos dispersos y a la conexión de unos con otros.

La *Enciclopedia* francesa, con la que se cierra el *excursus* del presente libro, es la *summa* del pensamiento del siglo XVIII y requirió contar con una sofisticada tabla para orientarse entre sus contenidos y poder utilizarlos. Tratado de voces, que precisamente fueron denominadas *articles*, la *Enciclopedia* puede considerarse una gran obra miscelánea, muy superior a otros diccionarios y enciclopedias de su tiempo, mucho más simples. El índice de la *Enciclopedia* («Table»), instrumento ingenioso por su método, muy próximo a los modernos medios con los que se componen las más innovadoras indexaciones, fue el resultado de más de cinco años de trabajo por parte de Pierre Mouchon, un pastor protestante que culminó así el discreto resultado de la cura de almas. La «Table» conforma un libro dentro del libro; se trata de una

²⁵ Gigliola Fragnito: *La Bibbia al rogo: la censura ecclesiastica e i volgarizzamenti della Scrittura, 1471-1605*, Bologna: Il Mulino, 2003; id.: *Proibito capire: la Chiesa e il volgare nella prima età moderna*, Bologna: Il Mulino, 2005.

fuerza ilimitada para leer y releer los numerosos volúmenes con la posibilidad no solo de hallar los puntos buscados, sino también de enlazar temas dispersos en el cuerpo de las voces de varios volúmenes, posibilitando incluso la reconstrucción de asuntos fundamentales, abordados por los enciclopedistas aquí y allá en los diversos tomos que componen la obra más ambiciosa del siglo de las luces. Además, el índice invita a proseguir la tarea científica allí donde se detienen las indagaciones de los *philosophes*, pues nada queda olvidado en la «Table», esto es, eliminado. Este paratexto es, entonces, una ayuda para descubrir aquello que, a la vez, se desea ocultar; o sea, un vademécum de la obra en toda su complejidad o, por sí mismo, una obra propia inspirada por la *Enciclopedia*.

En lo referente a la inspiración y al método adoptados en *Circunnavegar el texto*, no cabe duda de que tras los cimientos de mi trabajo están los *Seuils [Umbrales]* de Gérard Genette, si bien la aproximación resulta muy diferente. El estructuralista francés ha tenido poco o nada que hacer con un fundamento diacrónico; sus implicaciones son en su mayoría estrictamente literarias, mientras que en la base de mi *Circunnavegar el texto* se halla la voluntad de averiguar —en su evolución histórica— los fenómenos que han sido registrados a propósito de un único elemento paratextual; por otra parte, casi olvidado en *Seuils*. Delimitados los temas, por tanto, también yo he partido como Genette de los volúmenes impresos antes aún que del aparato bibliográfico. Fueron los propios ejemplares consultados los que me guiaron: de hecho, me ha parecido importante establecer un acercamiento inmediato con los textos pasados por la imprenta, sobre todo en lo concerniente al libro de sus primeras etapas, para advertir sobre el terreno las profundas divergencias y asimismo las consonancias entre unas y otras partes. He considerado los ejemplares localizados en múltiples lugares a modo de documentos de archivo; en otras palabras, como fuentes primarias. Después he realizado un sondeo de las fuentes bibliográficas. Muchas resultan, sin embargo, escasas, por no decir áridas; pero, a pesar de haber manejado algunos relevantes epistolarios de humanistas, que, a propósito, cuando se trata de publicaciones recientes se hallan entre las obras mejor indexadas, solo raras veces pude leer enunciados dedicados a la construcción de los índices y sobre problemas relativos a su preparación. Ahora bien, ha de quedar claro que no me he planteado aquí el problema de una historia de los índices en sentido estricto ni convencional, aunque sí he perseguido, hasta donde he podido, una diacronía que rindiese las debidas cuentas de su evolución y de su utilización, partiendo de las dificultades que tuvieron los primeros artesanos del libro tras las prensas para preparar dichos índices y unirlos al texto impreso o hacerlos una parte integrante de él.

Del presente estudio se han excluido los índices manuscritos (tipología muy amplia que abarca, entre otros, los índices de archivo), salvo cuando han sido fruto de autores particulares, que los redactaron, por ejemplo, en apoyo a las obras propias y que constituyeron un producto no siempre destinado a su publicación. Asimismo, se

han omitido las formas de indexación características de los repertorios bibliográficos. De hecho, me he ocupado de leer y «hacer leer» formas indexales —entrando en la dinámica de su preparación—, pero siempre ligadas a una o a más obras monográficas dadas a la imprenta, con la única excepción de la *Enciclopedia*.

Comencé a trabajar sobre los índices en el 2001 y el primer artículo sobre este asunto apareció en el 2004. La mayor parte de mis estudios se ha referido, en especial, al libro de los orígenes de la imprenta: me pareció ese un campo donde se ha indagado poco y prevalentemente con estudios guiados por la voluntad de incidir en un antes y un después, sin detenerse ni en las obras ni en los autores, de los que, no obstante, derivan las elecciones para dotar a los textos de aparatos paratextuales. Me he inspirado en anteriores trabajos propios como punto de partida para algunas secciones del presente estudio.²⁶

Hasta donde me ha sido posible, no he cargado el texto con excesivas notas. He procurado traducir todas aquellas citas de una cierta extensión. Las frases en latín y en otras lenguas, pero sobre todo las numerosas páginas de la *Enciclopedia* de las que me he servido han resultado el elemento disuasorio decisivo para decantarme por favorecer una lectura más ágil, si bien detallada, a la que he hecho seguir la de presentar, del conocido *Diccionario* francés, algunos extractos y frases originales, aunque con los acentos actuales y no con los propios de la época de los enciclopedistas.

Con honestidad he de reconocer que he establecido mis indagaciones, en especial, sobre autores italianos y producciones impresas de mi país. Es en Italia donde he desarrollado la mayor parte de mis investigaciones y siempre ha sido aquí donde me he desenvuelto con mayor conocimiento.

He contraído deudas con muchas personas, porque un libro es un viaje hecho de etapas y felices encuentros sucedidos en cada lugar físico y virtual que ha constituido el largo, y a veces fatigoso, trayecto.

²⁶ «Da un inédito di Albano Sorbelli: il *Corpus chartarum* e l'indice al commento di Bernardo Illicino sui Trionfi», en Luisa Rotondi Secchi Tarugi (ed.): *L'Europa del libro nell'età dell'Umanesimo: atti del XIV Convegno Internazionale: Chianciano, Firenze, Pienza 16-19 luglio 2002*, Florencia: Cesati, 2004, pp. 621-644; «Avant Genette fra trattati e "curiosità"», en Biancastella Antonino, Marco Santoro y Maria Gioia Tavoni (eds.): *Sulle tracce del paratesto*, Bologna: BUP, 2004, pp. 11-18 (v. también la sección del catálogo dedicada a los índices, pp. 77-83); «Sull'utilitas degli indici», *Paratesto*, I (2004), pp. 13-22; «Per aconcio de lo lectore che desiderasse legiere più in un luochio che nell'altro: gli indici nei libri a stampa», en Marco Santoro y Maria Gioia Tavoni (eds.): *I dintorni del testo: approcci alle periferie del libro*, Roma: Ateneo, 2005, pp. 723-729; «Nella tipografia di Bologna fra la fine del XVI e gli inizi del XVIII secolo: la letteratura silenciada degli indici», en Manuel Casado Arboniés, Antonio Castillo Gómez, Paulina Numhauser y Emilio Sola (eds.): *Escrituras silenciadas en la época de Cervantes*, Alcalá de Henares: Universidad Alcalá, 2006, pp. 297-312; «Elementi del paratesto nelle edizioni dei Trionfi con il commento dell'Illicino (secoli XV e XVI)», en Loredana Chines (ed.): *Il Petrarchismo: un modello di poesia per l'Europa*, Roma: Bulzoni, 2007, vol. 1, pp. 349-371; «Il proibito nelle edizioni italiane dell'*Encyclopédie*», en Marco Santoro y Valentina Sestini (eds.): *Testo e immagine nell'editoria del Settecento*, Roma: Serra, 2008, pp. 11-26.

En cada una de las etapas y en cada uno de los encuentros he recibido consejos e incentivos para proseguir la difícil empresa que me ocupaba. Declaro, por tanto, mi agradecimiento a los muchos compañeros de viaje, así como a las múltiples instituciones extranjeras e italianas que me han acogido y ayudado. En este sentido, me gustaría recordar, al menos, a algunos de los que me han facilitado el recorrido de ciertos tramos, liberándome en ocasiones de las cargas de mi no siempre acertado equipaje de conocimientos: Carlo Galli, Anna Morisi Guerra, Rafael Lozano Miralles, Graziella Nesi, Brigitte Pasquet, Paolo Prodi, Adriano Prospero, Ugo Rozzo, mons. Antonio Samaritani, Giovanni Venturoli. Ha enderezado mi incierto paso, en especial en un capítulo, Gigliola Fragnito, a la que profeso una profunda gratitud. También toda una familia me ha ayudado con frecuencia y me ha allanado el camino: Giuseppe Olmi, Silvia Munari, Federico Olmi son los miembros del grupo a los que dirijo todo mi reconocimiento, que extendiendo con el mismo afecto a Luisa Castelli y a Paolo Tinti, que me han acompañado en tantos lugares y durante la búsqueda de noticias y documentos.

En las bibliotecas de Neuchâtel, en el Archivio di Stato y en la Biblioteca Universitaria de Ginebra, en la Universitaria de Basilea, al igual que en la Nacional francesa, bien en la de Tolbiac o bien en la calle Richelieu, y en la Nacional inglesa; en la Herzog August de Wolfenbüttel, en la Municipal de Nancy y en la Bodleiana de Oxford, pero también en Italia, en numerosas instituciones, particularmente en Florencia en la Biblioteca Nacional, en Roma en la Corsiniana y de los Lincei; asimismo en la Regionale panormitana, en la Provinciale de Foggia, en la Manfrediana de Faenza y en Bolonia en la biblioteca de disciplinas humanísticas del Departamento de Italianística, siempre he encontrado personas dispuestas a apoyarme en los vados a menudo insidiosos que he atravesado. A sus directores y a todos los encargados de los fondos antiguos que han hecho menos difícil el peregrinar por los meandros y las rendijas cada vez más estrechas de la conservación, mi más sincera gratitud; gratitud que dirijo también hacia mis discípulos Eleonora Azzini, Alberto Beltramo, Federica Rossi, Davide Ruggerini, Barbara Sghiavetta; y a Annarosa Berselli, Livia Castelli, Anna Rosa Gentilini, Franco Pasti, Astrid Ploner, Piero Scapecchi y Marco Serra, que han construido puentes seguros para que pudiese avanzar en diversos textos de otras bibliotecas italianas, en particular en aquellos conservados en el Archiginnasio, en la Universitaria y en el Instituto de Ciencias Religiosas de mi ciudad, Bolonia. También transmito mi estima y agradecimiento a Sergio Reyes, quien enseguida arropó mi circunnavegar para hacerlo llegar a las sabias y hospitalarias orillas del editor Liguori.

Mi recuerdo más grato lo reservo para dos guías excepcionales, Françoise Waquet y Andrea Battistini, amigos y colegas que nunca me han abandonado y que, muy al contrario, me han seguido paso a paso de cualquier forma y en cualquier modo,

leyendo los capítulos casi a la vez que salían del ordenador, animándome en las numerosas dificultades halladas mediante el constante ofrecimiento del apoyo preciso en el que poder asirme.

Haciendo el camino he perdido a mi esposo. Me sobrevino la falta, en consecuencia, del diálogo estrecho con el compañero de viaje más importante. Con él he podido solo esbozar cierto itinerario, sobre todo aquel de los orígenes de la imprenta, hacia el cual, pese a ser el más distante a sus intereses, se mostró —como siempre— interlocutor atento y partícipe. A mi marido, que me ha instruido y del que recuerdo la advertencia: «Trata de escribir para hacerte leer», dedico este libro, con la absoluta conciencia de no haber logrado merecer plenamente, ni siquiera esta vez, su aplauso.

Asimismo considero necesario expresar mi agradecimiento a quienes han hecho posible la llegada a puerto de la traducción española de este libro: Juan Miguel Valero Moreno, al que debo también una de las más profundas reseñas de mi volumen en su versión original italiana y que ha seguido todo el proceso de desembarco del libro en España; Mercedes López Suárez, que siempre me ha brindado su apoyo y ayuda; Noelia López Souto, estimada traductora y amiga; y Antonio Castillo Gómez, el timonel de primera, en cuya Universidad comenzó mi colaboración con España. Hasta no hace mucho, encontrarme con él en Alcalá de Henares era para mí una cita anual de las más deseadas.

También doy las gracias al colega y amigo Maurizio Fabbri, quien no solo ha supervisado mis trabajos relacionados con España, sino que ha leído la versión en español de *Circunnavegar el texto*, ocupándose de pulir mis adiciones.

Gracias, por último, al editor Álvaro Díaz Huici por haberme acogido en su catálogo.

Bolonia, agosto del 2009/junio del 2020